

¿Para qué sirve la economía?

Neva Goodwin

© Copyright Opinión Sur

Revista Mensual y Gratuita N°48,
Agosto 2007

El campo de la psicología hedónica se cimienta en la obra de economistas como Richard Easterlin, Tibor Scitovsky y Bruno Frey, psicólogos como Daniel Kahneman, Ed Diener y Robert Lane y filósofos como Mark Sagoff, Jerome Segal y Martha Nussbaum. Los hallazgos registrados en esta relativamente nueva disciplina sugieren que los habitantes de los países ricos pueden ser en realidad más felices y saludables y proteger mejor el medio ambiente produciendo y consumiendo menos. Pero parece existir un conflicto entre una visión de un mundo mejor, donde las personas disfrutan de la vida y preservan y restauran nuestro medio ambiente natural, y los requerimientos de la economía. De la manera en que hoy están organizadas, las economías de mercado contienen una serie de contradicciones difíciles de resolver entre lo que es bueno para la mayoría de las personas, en el presente y en el futuro, y los incentivos inmediatos para los actores más poderosos del mercado. Estas contradicciones incluyen las siguientes:

- Si las reglas del mercado alientan la competencia que recorta los costos monetarios de la producción sin importar la remuneración, salud o experiencia laboral de los trabajadores ni el impacto sobre el medio ambiente u otros actores, entonces las empresas que no participan de estas prácticas competitivas de externalización de costos quedan en desventaja. En virtud de la actual cultura y prácticas de competencia del mercado, las empresas que aspiran a sobrevivir no pueden evitar degradar el capital humano y social del cual dependen.
- Si la estructura de la economía y la sociedad organizada permite que las corporaciones acaparen enormes concentraciones de poder económico, el curso hacia la sustentabilidad se verá obstaculizado por la capacidad de las empresas para convencer a los gobiernos de actuar en beneficio de los estrechos intereses corporativos, en perjuicio de los intereses del futuro y del resto del mundo.
- Si la viabilidad de muchas empresas depende de persuadir a las personas de poner la mira en lujosos estilos de vida, seguirá siendo extremadamente difícil contrarrestar los mensajes predominantes que venimos escuchando desde nuestra infancia; mensajes que nos hacen creer –contra la evidencia de nuestra propia experiencia y los resultados de sólidas investigaciones– que la felicidad se logra teniendo más cosas.

Esas contradicciones parecen ser insalvables mientras intentemos resolver un problema sistémico *desde* el propio sistema que está en problemas. No podemos comenzar a pensar en escenarios constructivos mientras nos enfrentemos a una contradicción que hace imposible siquiera considerar una reducción del crecimiento económico tal como hoy se lo define. Desafortunadamente, la teoría macroeconómica –como en la actualidad se la enseña y aplica-, fija metas inadecuadas, descontextualiza la economía, presta escasa atención al futuro y a importantes tipos de actividad económica, y exhibe un severo sesgo hacia los valores monetarios y el status quo.

Dadas las graves contradicciones del sistema económico y las deficiencias de la teoría que supuestamente lo explica, debemos escalar un nivel y considerar los otros sistemas dentro de los cuales está inserto el sistema económico. Entre estos, los más importantes son la ecología, de la que dependen todas las economías, y las sociedades, cuyo bienestar es supuestamente el objeto de la economía.^[1]

Cuando los mercados traspasan los límites para evitar dañar su medio ambiente social y físico, por lo general carecen de la capacidad para sanearse a sí mismos. Es cada vez más evidente que la actual combinación de actividades económicas, en el nivel global y en las grandes economías, no es ecológicamente sustentable; está creando las condiciones para futuros desastres. Pero el futuro (aún cuando acechara muy cercano) no está debidamente representado en los sistemas de incentivos de mercado que motivan a muchas actividades económicas. En cierta medida, los mercados pueden tornarse más eficientes si se internalizan con rigor las externalidades negativas, o sea, estableciendo mecanismos para que, por ejemplo, quienes contaminan paguen por el daño que provocan. Normativas inteligentes pueden hallar la manera de incluir, en el contexto del mercado (siempre que las normativas se apliquen y obedezcan), información más completa sobre impactos de modo de obligar a los actores económicos a pagar por los costos sociales y ecológicos de sus acciones. (Este es el objetivo de “internalizar externalidades”). Sin embargo, probablemente esa información nunca sea perfecta; por cierto, nunca llegará a perfeccionarse a tiempo (aunque pueda mejorarse) como para convertirse en la única fuerza capaz de inducir una adecuada mitigación del cambio climático. Y lo que es más importante, los incentivos para internalizar las externalidades deben provenir desde afuera del sistema. La internalización de costos es una manera de hacer que el sistema funcione mejor para la sociedad en su conjunto, pero no juega en beneficio de los intereses de los actores individuales quienes, de poder trasladar a otros sus verdaderos costos de producción, comercialización u otras actividades, obtendrán una ventaja de mercado y/o mayores ganancias. Es aún más difícil para cualquier sistema bloquear sus propias meta-externalidades.

Las meta-externalidades son los *efectos secundarios indeseados del conjunto del sistema económico sobre su contexto físico y social*, efectos por los que la cultura económica tira piedras contra su propio tejado, si es que el "tejado" es interpretado en un sentido amplio como todos los contextos de la actividad económica. El reemplazo de la austeridad por el consumo ostentoso, que la preocupación por la integridad se deslice hacia el deseo de ganar, son ejemplos, en el contexto cultural, de meta-externalidades que emanan del sistema económico que hoy tenemos. Los mercados están creando meta-externalidades que degradan el capital ambiental, humano y social y, a menudo, no mantienen adecuadamente el capital manufacturado común (por ejemplo, transporte, comunicaciones e infraestructura municipal). Para pasar de términos negativos a positivos, los activos de capital comunitarios de los que la

sociedad en su conjunto pueden entenderse como bienes sociales o (en la jerga económica) como “bienes públicos”. Desde hace tiempo se ha comprendido cabalmente que el libre mercado aporta muy poco de este tipo de bienes (a la vez que brinda un exceso de oferta de "males" tales como la contaminación, la destrucción, la corrupción, entre otros).

Si nos focalizamos en las causas ambientales del caos climático esto conduce casi inexorablemente a exigir la reducción del total del consumo global de energía así como de los materiales intensivos en energía utilizados en actividades de producción o transporte. El reemplazo de los combustibles fósiles por alternativas sustentables puede llegar a atenuar esta exigencia, pero debemos esperar un período de transición de por lo menos cincuenta años hasta que se alcance el desarrollo y producción masiva de esas alternativas y sus costos sean más accesibles. Para que esta transición tenga lugar de una manera que aumente, en lugar de reducir, la resiliencia y la cohesión social, será esencial apoyar políticas que desincentiven el consumo ostentoso e incentiven a las sociedades a definir el éxito en términos que no sean sinónimos de las posesiones materiales.

Sin embargo, no puede cambiarse el rumbo de una sociedad sin que se le proporcione uno nuevo. Mientras los empleos dependan de la existencia de empresas rentables, las empresas necesitarán ser rentables. Pero el motivo por el que necesitamos empleos es la obtención de un ingreso que nos permita comprar las cosas que necesitamos y queremos. No es sencillo definir con precisión qué se entiende por adecuado en alimentación, albergue, atención de la salud, y en el cuidado de los menores, los ancianos y los enfermos; pero incluso careciendo de definiciones precisas, al menos podemos señalar que éstas son necesidades inmutables. Sin embargo, los deseos son otra cuestión: son altamente sugestionables y la satisfacción de los deseos no siempre conduce al bienestar.

Una nueva mirada de la economía requiere un análisis más exhaustivo de los aspectos que contribuyen al bienestar. Muchas actividades de los sectores primario y secundario (extracción y manufactura) cubren las necesidades básicas. Muchas otras actividades de estos sectores generan lucro y empleo, pero no crean bienestar. Existe abundante evidencia de que la industria del juego está comprendida en esta categoría. El tabaco y muchos narcóticos son otros ejemplos obvios. Como se afirma en la publicación *It's Legal but It Ain't Right: Harmful Social Consequences of Legal Industries* (Passas y Goodwin, eds.), las actuales decisiones de los gobiernos acerca de cuáles de estos productos se deben permitir y cuáles se deben penalizar no son inmutables y muchas de ellas pueden no ser las mejores decisiones. Muchos estudiosos sostienen que el juego de apuestas no debería ser legal, pero sí deberían serlo el consumo de tabaco y la mayoría de las drogas, si bien deberían adoptarse severas restricciones en materia de publicidad, de a quiénes se les pueden vender, etc. (El modelo “legal pero de acceso restringido” que se está inventando con respecto al tabaco).

Otras importantes actividades de los sectores primario y secundario producen bienes que en teoría son benignos pero o bien el proceso productivo o bien su modo de comercialización generan graves externalidades negativas. Los alimentos y la agricultura constituyen buenos ejemplos de ello. Los alimentos, como categoría general, son obviamente esenciales, pero el uso de endulzantes con un alto contenido de fructosa (a menudo derivados del maíz) en la dieta de los estadounidenses es tan generalizado que constituye un factor significativo en la peligrosa epidemia de obesidad. La forma en la que se preparan y venden los alimentos (por ejemplo, la

cultura del *fast-food* y los recursos televisivos para atraer a los niños) contribuyen al daño provocado por este sector. Por último, las formas de producción de los alimentos, en enormes extensiones de monocultivos o corrales para la cría de animales, están suscitando una serie de graves riesgos para la salud.^[2]

La conclusión que se deriva de esto es que Estados Unidos *podría* tener alimentos mucho más saludables y un sector agropecuario mucho más robusto y, al mismo tiempo, revertir dos siglos de destrucción ambiental del suelo. Para ello sería necesario la conversión a un sistema de agricultura con uso reducido de insumos químicos, menos insumos energéticos y más insumos de tiempo e inteligencia humanos. Probablemente el aspecto negativo sería un mayor costo total de los alimentos. En promedio, los hogares estadounidenses gastan una proporción mucho menor de sus ingresos en alimentos que la que generalmente gasta cualquier sociedad con un alto nivel de urbanización. Pero cualquier incremento de los costos de los alimentos –al igual que cualquier suba en los costos energéticos– afecta más severamente a los pobres. Alimentos y energía son entonces dos ejemplos, entre muchos, de áreas en las que los esfuerzos para mitigar el cambio climático y apartarse de una economía dominada por la competitividad basada en menores costos deberán ser compensados con esfuerzos para proteger los hogares de bajos ingresos.

[1] Esta contextualización es lo que tanto yo como mis colegas en el *Global Development and Environment Institute* procuramos hacer en nuestros textos de nivel universitario: *Microeconomics in Context*, publicado por Houghton Mifflin, y *Macroeconomics in Context*, al que puede accederse gratuitamente visitando nuestra página, www.gdae.org.

[2] Véanse Ritchie, “*The High Price of Cheap Food*” y Riggs y Waples, “*Accountability in the Pesticide Industry*,” en Passas y Goodwin, eds.

Si usted desea ofrecer comentarios o sugerencias sobre este artículo lo invitamos a hacerlo en nuestro blog (<http://blogopinionsur.blogspot.com/>). Este artículo puede ser reproducido total o parcialmente, siempre que se cite al autor y se indique que fue publicado en Opinión Sur.

::: Salguero 2835 7B (C1425DEM) ::: (54 11) 4801-8616 ::: Argentina :::
opinionsur@opinionsur.org.ar